

Magnetizados

JOSÉ M. CASTELLANO MARTÍNEZ

Nunca antes vi llover como en esta mañana, una de esas en las que al sol le cuesta romper. La tormenta llevaba horas cubriendo el cielo. Ya falta poco para llegar a la facultad, un edificio con algo de magia y misterio en donde hasta las piedras parecían guardar secretos. En este edificio de otro tiempo, en ocasiones, el tiempo se detenía. Entro al aula IV, la clase aún no ha empezado.

*

El café no es suficiente para mañanas de lluvia como las de hoy. El autobús sustituyó a la bicicleta, no quedaba otra. Con un paraguas medio roto llego a la facultad de Filosofía y Letras. Apenas llevaba unos meses trabajando en la biblioteca, reponiendo libros, catalogándolos y atendiendo las dudas de los despistados. Me fascina el gran mercado de textos entre el que trabajo, aunque en verdad todo se reduce al final a una signatura, poco tiempo para evadirse... Siendo un día de lluvia como el de hoy, poca gente vendría. Sería un día tranquilo.

*

Miro por la pequeña ventana del aula, que da a uno de los varios patios de la facultad. Queda poco para que termine la clase y así poder desconectar un rato, no tanto por cansancio sino por voluntad. Los días de agua vacían la facultad, hay más aire para respirar, más espacio para deambular. Suelo aprovechar los ratos libres entre clases para ir a la biblioteca y distraerme. En esta ocasión, me apetece encontrar un título o una portada que me inspire en un día como este...

*

Aquí el silencio es lo habitual, a veces interrumpido por libros que caen al suelo o por insoportables zapatos de goma. Se acostumbra hablar en voz baja y no suele importar mucho que haga sol o llueva, sobre todo cuando tengo que ir al depósito, como hoy. El depósito es una caja fuerte de libre acceso donde tengo que colocar libros en estanterías según signaturas. Era como volver a reunir a familias de letras, a las obras de un mismo autor o a manuales de una misma materia. Completar un hueco, un salto alfanumérico en el orden académico, rodeado de un silencio salpicado a veces por el sonido de la corriente eléctrica de la iluminación artificial...

*

Entro en la biblioteca. Me dirijo al depósito, algo así como una de las salas del tesoro de la facultad, cuyo acceso no hace honor a su contenido. Bajando unas escaleras y accediendo por un pasillo estrecho, y que huele a humedad, me adentro en una especie de oasis, pero desértico, allí no había nadie. Es tal el silencio que incluso a veces puedo sentir mi propio pulso, mercando el ritmo... Comienzo a buscar.

*

Acaba de entrar un chico, tiene cierto encanto. Va con ganas, como si supiera de antemano dónde encontrar lo que busca. La verdad es que me ha llamado la atención de tal manera que lo sigo con la mirada mientras disimulo colocando libros... Ha interrumpido mi tarea, pero no he podido evitarlo. Ya no oigo la corriente eléctrica de fondo, estoy embelesado.

*

Me he equivocado. En el depósito de la biblioteca hay alguien... Unas cuantas estanterías metálicas más allá, puedo ver a un chico alto colocando libros. Me salta la curiosidad por microsegundos, voy a hacer como que buscó algún libro en concreto para conseguir ver su cara. Entre rascacielos de volúmenes y páginas amarillentas conseguí dar con sus ojos. Me ha mirado, ¡qué vergüenza! ¡mejor mirar para otro lado! Aunque la curiosidad se ha hecho conmigo. ¿Cómo sería el resto de su cara?

*

Creo que se ha percatado de mi presencia, le he mirado y se ha ruborizado. Sigo colocando libros como si nuestro cruce de miradas fuera algo casual... El vergonzoso en Palacio, del gran Tirso de Molina, aquí va... Ahora otro más... Espera, no puedo, busco de nuevo una mirada de complicidad. Me fijo en su flequillo caído, le oculta su rostro, nos protege mutuamente.

*

Bajo la cabeza, ojeo libros sin prestar atención... Leo las firmas una tras otra, sin detenerme... Cojo la primera a mi alcance, "860—31 SEN", La mirada inmóvil de Ramón J. Sender... ¿Una señal?

Sigo con mi búsqueda... Aunque, un momento, ¡ya he encontrado una mirada! O quizás ¿me ha encontrado ella? Creo que he estoy haciendo el ridículo. Mejor me voy.

*

Se aleja. Sin pensarlo mucho, decido seguirle. Estoy decidido a volver a conectar nuestras pupilas. Es como ese sueño en el que sigues a un desconocido al que no ves el rostro intentando hacerte camino entre la multitud. Es él y su mirada los que marcan mi camino. Y ahora se detiene de nuevo...

*

Me detengo de nuevo... Está siguiéndome, manteniendo una distancia prudente aunque poco a poco ganando en proximidad. Haré como que no me he dado cuenta, como si estuviera buscando algún libro en concreto u ojeando los de mi alrededor...

*

Creo que se ha dado cuenta, sabe que estoy acercándome. Se entretiene haciendo como que no me ha visto...

*

Está aquí al lado.

*

Tocaré su hombro y...

*

—¡Hola! ¿Disculpa puedo ayudarte en algo? Soy Diego, trabajo en la biblioteca... He visto que estabas echando un vistazo.

—¡Buenos días! Pues, buscaba un libro... Vengo de clase y quería encontrar algún libro...

—Te veo algo dubitativo... ¿Narrativa francesa quizás?

—¿Dubitativo? ¿Narrativa francesa? ¿Qué te hace pensar eso?

—Estás en la sección de ‘Narrativa francesa’, por eso pensaba que buscabas alguna obra en francés... Bueno, no quiero ser pesado, si necesitas ayuda estaré en...

—¡No! Diego no eres pesado, sólo vine buscando algo que me inspirase... Por cierto, mi nombre es Carlos.

—Encantado Carlos, aunque a decir verdad, ya quedé encantado antes, cuando nos cruzamos la mirada entre libros.

En ese momento, Diego y Carlos se funden en un paréntesis de ausencia de parpadeo. Ambos sonríen, el primero se acerca por impulso y el segundo, nervioso, retrocede y tropieza con la estantería. Un libro cae al suelo.

—¡Lo siento Diego! ¡Qué torpe soy! Ya lo recojo...

Carlos hace el amago de recoger el libro del suelo. Diego lo detiene.

—Yo también lo siento.

Carlos termina por recoger el libro, comprende el mensaje de Diego. Este le pregunta.

—Por cierto, ¿qué libro es?

—*Les champs magnétiques* de André Breton.

—Los campos magnéticos. Surrealismo.

—Cierto, surrealismo. Creo que ya encontré lo que buscaba. ¿Me acompañas?

—Por supuesto, vamos.

Carlos y Diego, magnetizados, abandonan el depósito. Se dirigen a la recepción para realizar el

préstamo. Quedaron a la salida, paraguas en mano. La lluvia rodeaba sus cuerpos a tal velocidad que los hizo transparentes, poco a poco, mientras se alejaban caminando juntos, cogidos del brazo.